

EDITORIAL

 **Prof. Dr. Alfredo E. Buzzi**
Editor Responsable

Morir o perder la vida

Vivir es riesgo. Viajar en auto, iniciar una relación, esquiar, cambiar de trabajo, nadar en el mar, abrir una empresa. Con la inseguridad natural de la vida se convive, se crece, se madura se explora la propia existencia. Somos seres equipados para vivir y desarrollarnos en la incertidumbre.

Para crecer hay que arriesgarse, y temerle al riesgo es natural. No debemos desconocer la existencia del riesgo, sino confiar en nuestros propios recursos para afrontarlo. Pretender que podemos vivir al margen del riesgo no es solo una quimera: es una forma de apagarnos lentamente.

El filósofo inglés Alan Watts (1915-1973) dice que cuando no nos atrevemos a fluir en el río de la vida desde su nacimiento hasta su desembocadura, aceptando cambios y misterios, pasando por la incertidumbre y explorando el sentido de la existencia, terminamos por buscar refugio en falsas seguridades. Así, nos metemos en fortalezas ilusorias, paralizamos el flujo de la

vida, y postergamos las experiencias vitales.

El mayor riesgo en la vida no es morir. ¡Eso nos va a pasar a todos!. El mayor riesgo en la vida es no vivir.

Y eso es una elección.

¿Significa lo mismo perder la vida que morir? Puede que sí, o puede que no. El verbo “perder” tiene dos sentidos diferentes. Uno de ellos hace referencia a “dejar de tener algo que se posee”. En este caso, si dejamos de poseer la vida, entonces “morir” y “perder la vida” son sinónimos. Pero “perder” tiene otro significado: “desperdiciar o malgastar algo”. Y así como “perdemos el tiempo” (malgastándolo) también podemos perder la vida.

¿Cómo se puede perder la vida?.

La vida se pierde criticando los errores de otros en lugar de corregir los propios.

La vida se pierde cuando se abandonan los proyectos antes de iniciarlos.

La vida se pierde cuando permanentemente



nos lamentamos por haber fracasado y no buscamos nuevas alternativas.

La vida se pierde cuando nos pasamos la vida envidiando a los demás en lugar de superarnos a nosotros mismos.

La vida se pierde cuando abandonamos las responsabilidades.

La vida se pierde cuando perdemos nuestra fuerza de voluntad, ese maravilloso talento de poder esperar, de postergar gratificaciones inmediatas en pos de cosas mejores.

La vida se pierde cuando nos sentamos a esperar una vida fácil en vez de prepararnos para una vida difícil.

La vida se pierde cuando nos dejamos vencer por las dificultades. Las adversidades están diseñadas para ser derrotadas, y los problemas nos son enviados para ser resueltos.

Estar vivo exige un esfuerzo mucho mayor que el simple hecho de respirar. La vida no se pierde cuando dejamos de respirar. Se pierde cuando dejamos de ser felices.

No solo somos responsables de lo que hacemos, sino también de lo que no hacemos.

En definitiva, perdemos la vida si la dejamos sin sentido. En este caso, más vale estar muerto que ser un muerto en vida.

Nadie mejor que Santiago Kovadloff para cerrar, con sus palabras, este mensaje: “Morir bien es morir a tiempo. No hay peor infierno que asistir a las exequias del propio deseo. Al funeral de nuestras pasiones. La muerte es lo que a diario nos acecha. Lo que nos esteriliza, lo que encallece la piel. La ausencia de propósito, la apatía, el desapego a los seres. Esa es la muerte que mata y no la que viene después. Por eso, imploremos que la muerte nos sorprenda sedientos todavía, ejerciendo la alegría de crear. Que nos apague cuando aún estamos encendidos.” **EAB**